

Yukio Mishima
SOTORA KOMACHI

DRAMATIS PERSONAE

- ANCIANA
- HOMBRES A, B Y C
- MUJERES A, B Y C
- POLICÍA
- BAILARINAS, ENAMORADOS
- VAGABUNDOS, CAMAREROS

La decoración es extremadamente vulgar y de un gusto mediocre, como de opereta.

Un rincón del parque. Cinco bancos dispuestos en semicírculo mirando al público. Faroles, árboles, etc., convenientemente distribuidos. Telón de fondo negro.

Es de noche. Cinco parejas de novios se abrazan apasionadamente en los bancos.

Entra una Anciana de aspecto repulsivo recogiendo colillas. Continúa su búsqueda alrededor de las parejas, totalmente ajena a la repugnancia que provoca; finalmente, se dirige al banco del centro y se sienta en él. Un joven Poeta, desaseadamente vestido, se sitúa bajo la farola y apoyándose, borracho, en ella, contempla a la Anciana. La pareja del banco central se levanta enfadada y se marcha con expresión de fastidio. La Anciana, única ocupante del banco, extiende una hoja de periódico en el asiento y comienza a contar las colillas que ha recogido.

ANCIANA — Una y una hacen dos, dos y dos hacen cuatro...
(Examina una colilla a la luz y considerando que es bastante larga le pide fuego a la pareja de la izquierda. Fuma un rato. Cuando el cigarrillo ha quedado reducido a una colilla, lo apaga y lo deja con las otras sobre el periódico, recomenzando a contar.) Una y una hacen dos, dos y dos hacen cuatro...

POETA (mira lo que hace la Anciana desde atrás).

ANCIANA (*con los ojos bajos, mirando el papel*) — ¿Quieres un cigarrillo? Si quieres uno te lo doy. (*Elige una colilla bastante larga y se la ofrece.*)

POETA — Gracias. (*Saca una cerilla, enciende el cigarrillo y fuma.*)

ANCIANA — ¿Quieres algo más? ¿Tienes algo que decirme?

POETA — No, nada especial.

ANCIANA — Yo sé quién eres. Eres un poeta. ¿Verdad que ése es tu negocio?

POETA — Qué cosas sabes. Sí, de vez en cuando escribo poemas. No cabe duda de que soy un poeta. Pero eso no es un negocio.

ANCIANA — ¿No? ¿Quieres decir que no es un negocio a menos que se vendan los poemas? (*Le mira a la cara por primera vez.*) Todavía eres joven, ¿verdad? Pero no te queda mucho de vida. Veo en tu rostro la señal de la muerte.

POETA (*sin sorprenderse*) — ¿A qué te dedicabas antes? ¿Eras fisonomista?

ANCIANA — Quizás. He visto tantos rostros humanos que siento náuseas... Siéntate. No pareces muy seguro sobre tus pies.

POETA (*se sienta; tose*) — Lo que pasa es que estoy borracho.

ANCIANA — Estúpido. Deberías asentar firmemente los pies en tierra, al menos mientras vivas.

(*Silencio.*)

POETA — ¿Sabes?, hay algo que me intriga tanto que ya no puedo aguantarme más. ¿Por qué vienes aquí todas las noches, a la misma hora, y expulsas a quien esté para sentarte tú en el banco?

ANCIANA — ¿Es que me lo vas a reclamar? Espero que no seas un vagabundo. ¿Qué quieres? ¿Es que le sacas dinero a la gente que se sienta aquí?

POETA — No, simplemente es que como el banco no puede hablar, lo hago yo por él.

ANCIANA (*sin prestarle atención*) — Yo no echo a nadie. Lo que pasa es que cuando me siento se marchan. De todas formas, este banco ha sido construido para que se sienten cuatro personas en él.

POETA — ¡Pero de noche es para los enamorados! Cuando paseo de noche por este parque y veo una pareja de enamorados, me siento maravillosamente tranquilizado. Y ando de puntillas. Y si estoy cansado o, como sucede de cuando en cuando, siento que me viene la inspiración y me gustaría ordenar mis ideas, no tomo asiento por deferencia hacia ellos... Pero tú, anciana, ¿desde cuándo vienes por aquí?

ANCIANA — Ahora lo comprendo. Este es tu territorio, tu reserva especial, donde haces tu negocio.

POETA — ¿Mi qué?

ANCIANA — Aquí es donde vienes a buscar inspiración para las cosas que luego pones en tus poemas.

POETA — No seas absurda. El parque, los enamorados, los faroles, ¿crees que yo utilizaría un material tan vulgar?

ANCIANA — Llegará el día en que deje de ser vulgar. No existe nada que no haya sido alguna vez vulgar. Con el tiempo cambiará de nuevo.

POETA — ¡Qué extraordinarias ocurrencias tienes! Si así fuese, tendría que componer un apasionado alegato en defensa del banco.

ANCIANA — No insistas. Estás convencido de que es una ofensa para la vista el que yo esté sentada aquí, ¿verdad?

POETA — No, ¡es una profanación!

ANCIANA — Realmente, a los jóvenes os gusta discutir.

POETA — Escúchame... Yo sólo soy lo que parezco: un poeta que no vale cuatro chavos y que ni siquiera tiene una mujer que se preocupe por él. Pero hay algo que respeto: el mundo tal y como se refleja en los ojos de una pareja que se ama, un mundo que es cien veces más bello que la realidad. Míralos, no tienen ni la menor idea de que estamos hablando de ellos. Están tan altos como las estre-

llas. Se puede ver el resplandor de las estrellas dentro de sus ojos... Y este banco, este banco es como una escalera que llega hasta el cielo, la torre más alta del universo, el más maravilloso punto de observación. Cuando un hombre se sienta aquí con su amada es capaz de ver las luces de las ciudades que hay al otro extremo del mundo. Yo en cambio (*se sube al banco*), si me pongo de pie aquí, no puedo ver nada... Oh, claro que veo algo: filas de bancos, alguien que balancea una linterna (debe ser el policía); una fogata; mendigos sentados alrededor del fuego. Los faros de un coche. Se adelantan unos a otros camino del club de tenis. ¿Qué era eso? Un coche lleno de flores. ¿Unos músicos que vuelven de un concierto? ¿O era un entierro? (*Se baja del banco y se sienta.*) Eso es todo cuanto yo puedo ver.

ANCIANA — ¡Qué tonterías! ¿Por qué respetas esas cosas? Ese carácter tuyo, tan sencillito, te lleva a escribir poemas que luego nadie comprará.

POETA — Precisamente por eso yo nunca me siento en este banco. Mientras seamos tú y yo quienes lo ocupemos, este banco no será más que una tabla melancólica, pero si ellos lo ocupan, se convierte en algo sublime. Se vuelve más suave que un sofá y se calienta con las chispas que despiden los cuerpos humanos... Cuando tú lo ocupas se hace más frío que una tumba, como si fuese un banco construido con las losas de un cementerio. No lo puedo soportar.

ANCIANA — Eres joven e inexperto y aún no tienes ojos para ver las cosas. ¿Pretendes decir que esos bancos ocupados por vulgares oficinistas con sus fulanas están vivos? No seas tonto. Están acariciándose sobre sus tumbas. Mira la cadavérica palidez de sus rostros a la luz verdosa de las farolas que atraviesa las hojas de los árboles... Tanto los hombres como las mujeres tienen los ojos cerrados. ¿No parecen cadáveres? Se están muriendo mientras hacen el amor. (*Husmea a su alrededor.*) Te concedo que hay un perfume de flores. Las flores del parque son más fragan-

tes de noche, como las que se ponen dentro de un ataúd. Esos amantes están enterrados en el perfume de las flores como tantos y tantos muertos. Tú y yo somos los únicos que estamos vivos.

POETA (*se ríe*) — Tiene gracia. ¿Es que te consideras más viva que ellos?

ANCIANA — Naturalmente. Tengo noventa y nueve años y mira qué saludable estoy.

POETA — ¿Noventa y nueve años?

ANCIANA (*exponiendo el rostro a la luz*) — Mírame bien.

POETA — ¡Qué arrugas más horribles!

(*En ese momento, el hombre que está con su pareja en el banco de la derecha bosteza.*)

MUJER — ¿Qué te pasa? ¿Por qué eres tan maleducado?

HOMBRE — Venga, vámonos. Nos vamos a constipar.

MUJER — Qué desagradable eres. Debes aburrirte mucho.

HOMBRE — No, es que acabo de recordar algo muy divertido.

MUJER — ¿Qué es?

HOMBRE — Me estaba preguntando si mi gallina pondría mañana un huevo y de repente eso ha empezado a preocuparme.

MUJER — ¿Qué significa eso?

HOMBRE — No significa nada.

MUJER — Tú y yo hemos terminado. Eso es lo que significa.

HOMBRE — Mira, ahí va el último autobús. Debemos apresurarnos.

MUJER (*se levanta y se queda mirando al hombre*) — Mira que tienes mal gusto eligiendo corbatas.

(*El hombre no contesta. Se limita a darle prisa a la mujer. Salen.*)

ANCIANA — ¡Por fin! Han vuelto a la vida.

POETA — Los fuegos artificiales han desaparecido. ¿Cómo puedes decir que han vuelto a la vida?

ANCIANA — Conozco muy bien el aspecto de quienes vuelven a la vida: lo he visto muchas veces. Tienen una expresión de horrible aburrimiento, y esa expresión es la que a mí me gusta... Hace mucho tiempo, cuando era joven, nunca tenía la sensación de estar viva a menos que me zumbase la cabeza. Ahora he podido darme cuenta de mi equivocación. Cuando el mundo parece un lugar maravilloso para vivir en él, cuando la más pequeña flor parece una catedral, cuando las palomas cantan con voces humanas mientras pasan volando... quiero decir, cuando todo el mundo dice alegremente «Buenos días» a todo el mundo, y las cosas que has estado buscando durante diez años aparecen en el fondo de una taza de té, y cada muchacha parece una emperatriz... cuando uno se siente como si las rosas estuviesen floreciendo en un rosal muerto, entonces... entonces cosas tan tontas como ésas me sucedían cada diez días, pero ahora, cuando pienso en ello, comprendo que mientras me sucedían estaba muriendo... Cuanto peor es el licor, más rápido se emborracha uno: En medio de mis borracheras, en medio de mis sentimientos y de mis lágrimas, me estaba muriendo. Desde entonces he hecho la promesa de no beber. Ese es el secreto de mi larga vida.

POETA (*burlándose de ella*) — ¡Ah!, pero dime, anciana, ¿y por qué sigues viviendo?

ANCIANA — ¿Por qué? No seas ridículo. ¿El hecho de existir no es una razón en sí misma? Yo no soy un caballo que camina porque quiere la zanahoria. En definitiva, los caballos caminan porque están hechos así.

POETA — ¿«Corre, caballito, corre y no mires a los lados»?

ANCIANA — «No desvíes los ojos de tu propia sombra».

POETA — Cuando el sol se está poniendo, la sombra se alarga.

ANCIANA — La sombra se retuerce. Se pierde en la oscuridad de la tarde.

(*Mientras hablan, las parejas que ocupaban los bancos salen.*)

POETA — Permíteme preguntarte algo, anciana: ¿Quién eres?

ANCIANA — En otro tiempo fui una mujer llamada Komachi.

POETA — ¿Quién?

ANCIANA — Todos los hombres que alguna vez dijeron que yo era bella han muerto. Cualquier hombre que diga ahora que soy bella, morirá.

POETA (*se ríe*) — Bueno, yo al menos estoy a salvo. Te he conocido a los noventa y nueve años.

ANCIANA — Tienes suerte, en efecto, porque es de suponer que un simple como tú piensa que, cuando una mujer envejece, se vuelve fea. Pero es una gran equivocación. Una mujer bella siempre será bella. Si ahora parezco fea sólo quiere decir que soy una belleza fea. Después de haber oído tantas veces hablar de mi belleza, en los últimos setenta u ochenta años me ha resultado imposible hacerme a la idea de que ya no lo era. Todavía me veo como una belleza esplendorosa.

POETA (*aparte*) — Debe ser duro tener que reconocerse que en otro tiempo fue hermosa. (*A la Anciana.*) Comprendo lo que sientes. Cuando el hombre ha ido una vez a la guerra, se pasa el resto de su vida recordándola. Por supuesto que tú fuiste hermosa...

ANCIANA (*golpeando con el pie en el suelo*) — ¿Fui? ¡Todavía soy bella!

POETA — Sí, sí, comprendo, pero ¿por que no me cuentas algo de los viejos tiempos? Hace ochenta años, ¿o serían noventa? (*Cuenta con los dedos.*) Cuéntame lo que sucedió hace ochenta años.

ANCIANA — Hace ochenta años... yo tenía diecinueve. El Capitán Fukakusa, del Estado Mayor, me cortejaba.

POETA — ¿Podría hacer yo el papel de Capitán No-sé-cuántos?

ANCIANA — No seas fanfarrón. El era cien veces más hombre que tú. Sí, le prometí que tendría cuanto deseaba si me